

quierdo. Cerraba la marcha el 5º Batallón tocando á la sordina piezas fúnebres.

El carro en que era conducido el cadáver era elegantísimo. Además de las bellas columnas que lo forman, siendo de un trabajo artístico notable, cubría la parte superior finísimo crespón negro, en caprichosos encarrujados y ondas, desprendiéndose seis bandas, que llevaban otras tantas prominentes personas. Tiraban del carro seis arrogantes caballos con jaezes negros, siendo llevados de la brida por estudiantes de medicina.

Cuando dejaban de oirse las lúgubres notas de la música del 5º notábase un silencio solemne. La consternación, la pena se pintaba en los semblantes de todos los concurrentes, que no bajaban de diez mil. Los frentes de las casas se hallaban enlutados, y algunos con inscripciones alusivas bastante conmovedoras.

Recorrió la comitiva una cuadra de la calle del Comercio, otra de la de Zaragoza, ocho de la de Dr. Mier y dos de la del Hospital civil—¡Cuántos sollozos reprimidos! y ¡cuántas lágrimas derramadas por muchísimos de aquellos, nacionales ó extranjeros, á quienes en vida, el insigne benefactor ú honró con su amistad, ó favoreció con sus servicios!

Se llegó al Hospital. En su corredor la comitiva tomó asientos y en la plazuela contigua la numerosa concurrencia. Frente al ar-

co de entrada se levantó un catafalco: allí se expuso el cadáver, siendo bañado incesantemente el ataúd por nubes de incienso y de mirra. Leíanse en los pilares del corredor en franjas enlutadas inscripciones alusivas á las virtudes de Gonzalitos. A la izquierda se hallaba la tribuna.

Lo pasado en seguida es referido por el Sr. Dr. Rafael Garza Cantú en la reseña que se publicó en el número 2 del "Escolar Médico," y la cual dice:

"El silencio majestuoso y solemne del honorable concurso, que ocupaba aquel lugar, donde parecía que el genio de la muerte batía sus fatídicas y negras alas, fué interrumpido por la conmovida voz del Sr. Lic. F. Valdés Gómez, que en nombre de los poderes del Estado pronunció una sentida, correcta y clásica alocución que, á haber sido posible, hubiera aumentado la emoción que embargaba los ánimos, la consternación de que desde antes se hallaban poseídos."

"En seguida, el Sr. Lic. Ramón Treviño, con su locución fácil, con su estilo elegante y florido, con su voz fuerte, armoniosa y flexible, que tan fácilmente adapta á todos los tonos, así al elevado y entusiasta del lirismo patrio como al patético, majestuoso y sentimental de la oración fúnebre, ofreció en nombre del R. Ayuntamiento una corona; y propuso en aquel sitio, testigo en otro tiempo de la virtuosa vida del Benemérito Doctor, frente al "Hospital Civil," elocuente testimonio de piedra de su desinterés y genio filántropo, la erección de

un monumento. Feliz idea que no dudamos tener la dicha de ver realizada.”

“Apenas se habían perdido en el espacio las últimas palabras del distinguido juriscónsulto del foro nuevoleonés, cuando el hábil anatómico, Dr. José María Lozano, ocupó la tribuna en representación de la clase médica y estudiantes de medicina, quienes recibieron, como él mismo lo dijo, herida más honda, y en donde la falta de Gonzalitos se hace sentir con todo su horrible peso. Puede decirse que el expresado Doctor hizo un panegírico del Dr. J. E. González en el discurso con que engalanamos hoy las columnas de nuestro humildísimo periódico.”

“Acto continuo, el Sr. Lic. Hermenégildo Dávila, uno de los más antiguos y queridos discípulos del Dr. González, hizo uso de la palabra en nombre del respetable Colegio de Abogados, y con aquel estilo pintoresco y lleno de imágenes, que le es tan familiar; con aquellas frases gallardas y arrogantes, impregnadas de ese perfume suave de los bellos corazones que se llama gratitud; con todos esos primores de su palabra, supo bordar hermosa alocución que dedicó al sencillo filósofo, al modesto sabio, cuyos restos mortales ponía por testigos de su afecto y fidelidad, como discípulo primero, como amigo después. No cabe duda, el Lic. Dávila encontró esa tarde el tono que convenía á las circunstancias, y supo mover, emocionar, hacer derramar lagrimas, hallándose como se hallaba, hondamente conmovido.”

“En fin, el Sr. Ricardo M. Cellard con voz

clara, natural y fuerte leyó, como él solo sabe leer, un filosófico y correctísimo discurso del Sr. Lic. Enrique Gorostieta, representante, en aquella fúnebre ceremonia, del Colegio Civil. Sería inútil trabajo dirigir una sola frase encomiástica á tan magnífica producción, puesto que conocidos son de todos el talento y aptitudes de ese modesto sabio de seis lustros de edad, de ese joven filósofo y notable abogado, que tanto honra al foro de Nuevo-León.”

Las calificaciones que, con singular gusto literario hace el Sr. Garza Cantú de los discursos aludidos, las cuales en lo que á mi atañen, agradezco sobremanera, quizá despierten el deseo de ser leídos. Así lo comprendemos: mas no siéndonos dable disponer de aquellas hermosas oraciones, reproduciremos varios de sus trozos, que serán el adorno más galano de nuestras páginas.

El Sr. Lic. Valdés Gómez, tomando por epígrafe aquellos enérgicos versos de Ovidio: “Por donde quiera se ve luto, por todas partes se oyen gemidos y la ciudad entera está regada con lágrimas,” expone el objeto de su discurso en esta viva enumeración (1):

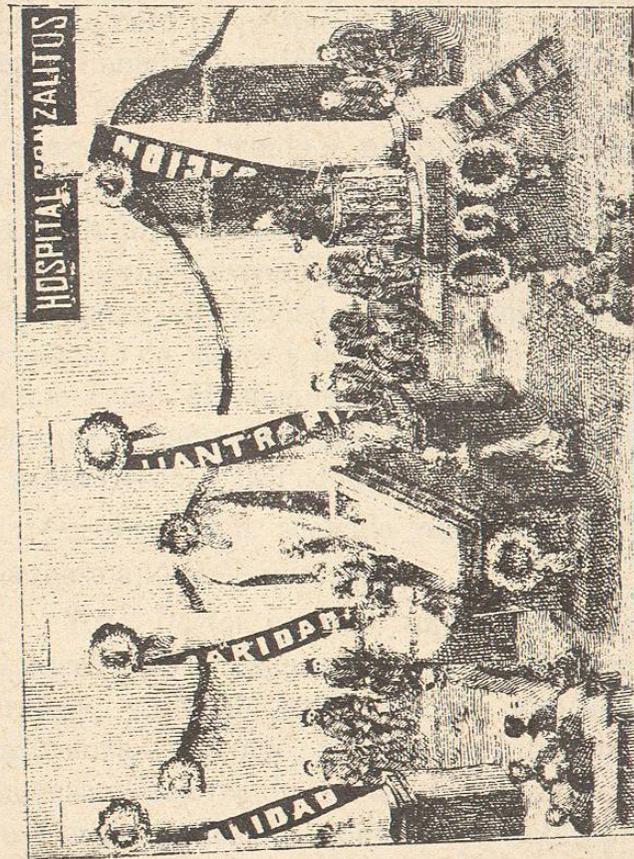
“Que triste deber vengo á cumplir en esta augusta y fúnebre ceremonia, aquí ante los venerables restos de un ilustre y distinguido ciudadano; aquí ante este respetable y nume-

(1) La última de nuestras láminas representa el acto en que ocupó el Sr. Lic. Valdés Gómez la tribuna.

roso concurso, compuesto de las Autoridades y de todas las clases de nuestra sociedad, que los rodea lleno de dolor y de respetuoso silencio; aquí ante este Plantel, que él mismo ideó y edificó en su mayor parte, para alivio de los pobres y de los que sufren, y en donde dejó un grato recuerdo en cada uno de sus ángulos y hasta en cada una de sus losas; aquí vengo en representación de los Poderes Públicos del Estado, que me favorecieron con tan singular honra, á dar el adiós eterno y á mostrar nuestros agradecimientos al Mentor de la juventud, al Padre de los que padecen, al consuelo de los que lloran, al filántropo sin ejemplo, al Benemérito del Estado, al virtuoso y sabio Dr. José Eleuterio González, que siempre fué el Oráculo del sagrado Templo de la sabiduría.”

Y después:

“¿Pero quién soy yo para que pueda decir cuanto merecen las esclarecidas virtudes y altas dotes de tan distinguido filántropo? Desde sus primeros años renunció por completo las riquezas, sus propias comodidades y su reposo, y se consagró por entero á servir á sus semejantes, á toda hora del día y de la noche, sin distinción de personas, pobres ó ricas, aunque jamás las hubiera conocido; era un verdadero sacerdote del bien, é hizo profesión de no pertenecerse á sí mismo, sino á los demás hombres; era como la encina de espeso follaje, arraigada en ardoroso camino, que acoge bajo su sombra al fatigado caminante, sin preguntarle quien es, de donde viene, y á donde se dirige.”



En seguida de enumerar con vivacidad los servicios del Dr. González, prestados á la juventud, al Estado, á la humanidad, como sabio, como médico y como filántropo, dijo:

“Por tan distinguidas virtudes, la Legislatura del Estado lo declaró Benemérito, y dispuso que para perpetuar su memoria, se escribiera su nombre con letras de oro en el Salón del H. Congreso, distinción no concedida hasta ahora por el Estado á ninguno otro de sus ciudadanos. También por tales servicios, el Pueblo le hizo una suntuosa ovación cuando recuperó la vista, trayéndolo desde las orillas del Bravo hasta esta ciudad, por un camino siempre regado de flores y por debajo de arcos de triunfo, como divinizándolo en vida, á la manera que lo hacían con sus preclaros hombres la sabia Grecia y la Poderosa Roma.”

Cerró su bien acabada alocución con el afectuoso apóstrofe que sigue:

“Y ya, Doctor querido, que no ha estado en nuestro poder excusaros de la ley de la naturaleza, y que nos habéis dejado aquí vuestras cenizas, volando vuestro espíritu por la inmensa eterea región para ir á ocupar el aureo y brillante asiento, que Dios os había preparado en su celeste alcázar, para premiar vuestras esclarecidas virtudes; descended de ese elevado sitio, para que de cerca contempléis con qué veneración vemos vuestros despojos, y el sentimiento que hace por vos este agradecido y numeroso concurso.”

---